

HOMENAJE A LEWIS HANKE

El fallecimiento del Prof. Lewis Hanke enluta la historiografía latinoamericana. Fue amigo generoso y maestro de generaciones de historiadores en una amplia actividad interamericana. *Histórica* gozó de su bondadosa presencia y personal entusiasmo desde que, en los inicios de la revista, nos honró formando parte del Comité de Redacción. Por ello, en tributo a su memoria, repito aquí las palabras que pronunciara en la reunión de Latin American Studies Association (Miami 1990), en la sesión especialmente dedicada a rendirle homenaje.

* * *

Quiero agradecer, en primer lugar, la hermosa ocasión que se me ha brindado para participar en esta reunión en honor del Prof. Lewis Hanke, reconocidamente uno de los más importantes especialistas sobre América Latina en los Estados Unidos, constante animador de vocaciones, formador de historiadores y activo forjador de empresas comunes.

El tema que nos convoca es el de los estudios latinoamericanos fuera de los Estados Unidos; el tema es amplio y complejo, ello hace que deba limitarme a algunas precisiones.

América Latina, como nos vamos acostumbrando a llamar a la América Ibérica, de habla española y portuguesa, es vista como conjunto principalmente desde fuera. Casi puede afirmarse que al margen de México, Brasil, Cuba y Venezuela, son escasos los esfuerzos consistentes en nuestros países para

formar y, especialmente, mantener instituciones o programas específicos que dediquen su atención a América Latina como un conjunto. Tal pareciera que los esfuerzos en esa dirección se concentran en aquellos países capaces de invertir más —por razones a veces políticas— en la organización de activas relaciones culturales con otros países de América Latina. No quiero ser pesimista con respecto al resto de nuestros países, pero aun reconociendo que hay muchos esfuerzos, estos no llegan a concretarse en proyectos duraderos. Por ello, también en el ámbito académico, el aislamiento parece primer entre los países latinoamericanos. Ello se aprecia, por ejemplo, en la dificultosa circulación de los libros y las revistas que, salvo excepciones, se agotan en los ámbitos nacionales.

Lo anterior hace que muchos latinoamericanos se vean a sí mismos a través de un espejo exterior; la misma noción de “americanismo”, empleada genéricamente, es parte de esa situación. Una consecuencia de ello es que la mayoría de los estudiantes que desean trabajar América Latina como un conjunto, en ámbitos históricos, literarios, de las ciencias sociales o políticas, deban formarse fuera de América Latina y, aun más serio, que encuentren su punto de contacto y discusión fuera de la misma. Dejo a salvo, por cierto, los escasos lugares de América Latina donde es posible hacerlo.

Ello no significa, de ningún modo, negar la validez y la utilidad de tal espejo. Su discusión es un problema aparte y, a veces, puede hacer pensar en que América Latina solo existiría vista desde fuera. Los esfuerzos de integración realizados desde la política no han solucionado tal situación. La pregunta que alguna vez replanteara y discutiera Lewis Hanke sobre si las Américas tienen una historia en común, adquiere nueva vigencia y validez cuando se la hace desde el ámbito latinoamericano, interrogando por América Latina. Pocos historiadores latinoamericanos se han dedicado competitivamente a estudiar la historia europea, los conocidos libros de José Luis Romero y de Tulio Halperin, sobre el mundo medieval y los moriscos españoles son algunas de las más claras excepciones. Solo mencionaré, aun fuera del tema, otro caso excepcional: los estudios realizados en México sobre los Estados Unidos.

Todo lo anterior explica mi preocupación por una América Latina vista desde fuera, sobre todo cuando puede comprobarse la dificultad del diálogo entre la investigación histórica realizada sobre América Latina, dentro y fuera de ella. Ejemplificaré el asunto desde el Perú, y hablando de la reciente historiografía peruana. En mi país son casi inexistentes los libros escritos por

historiadores peruanos sobre la historia de América Latina; nuestra historiografía, como nuestra novela, es testimonial. Practicamos una investigación “nacional” que, en los últimos años se ha incrementado y, a veces, ha sido celebrada con justicia. Hanke recordó hace años que estudiar la historia de los países vecinos es fundamental para entender la propia. Puedo repetir aquí palabras que escribí hace años: “Si bien es cierto que en los últimos tiempos se aprecia un incremento notable de la producción histórica entre nosotros (los peruanos), no es menos correcto que también va ampliándose el corto número de los ‘elegidos’ que tienen acceso a la historiografía escrita en inglés, francés o alemán sobre América Latina en general o el Perú en particular. Interesaría ampliar el análisis, por ejemplo, acerca de la influencia que la historia escrita en el extranjero ha tenido en los últimos tiempos, ya no únicamente en lo que se refiere a la metodología, sino también y particularmente a las temáticas. Pablo Macera hablaba alguna vez de que éramos ‘portuarios y aduaneros’; no sorprende comprobar que, también a nivel historiográfico, esta afirmación tiene sentido propio”¹.

Quiero hacer énfasis en las temáticas, privilegiadas por los criterios. Desde el siglo XVI los cronistas —mayoritariamente europeos— buscaron introducir la historia del “Nuevo Mundo” dentro de una historia universal —es decir, europea— aceptada, claro está, por su universo cultural. Sin embargo, no pudieron evadir comprobar la especificidad, no solo de las diferentes áreas que conocieron, sino de América como una totalidad. La “cuarta parte del mundo” de la que tantas veces hablara Edmundo O’Gorman, adquiriría un sentido. Por contraste, hoy podría postularse que, a partir de la influencia del evolucionismo y sin negar la importancia teórica de los planteamientos totalizadores, en muchos casos parecen primar estos hasta el punto de hacer perder de vista la especificidad. Una formulación —que podría considerarse simplista— de una pregunta importante, puede servir para explicar mi preocupación. Si se acepta hoy que lo “medieval” o lo “feudal” tienen especificidades notorias en la historia europea, espaciales o temporales, ¿por qué no recordar con la misma frecuencia que lo “colonial” también las tiene en diferentes ámbitos de lo que hoy llamamos América Latina?

La especificidad parece acentuarse en las propias historias nacionales, pero algunas veces se prefiere matizarla (suavizarla) de modo tal que se facilite la explicación global; esto es más visible, e importante tema de reflexión,

1. Franklin Pease, G.Y., “La historiografía de los ‘elegidos’”, *La Revista*, 5, Lima 1981: 58.

cuando hablamos de los estudios latinoamericanos desde fuera de América Latina. Parece no recordarse las importantes reflexiones de Marc Bloch acerca de la importancia de la historia comparativa y el rescate que él mismo hizo de las especificidades del feudalismo europeo. Si no trabajamos sobre esto, podría fácilmente ocurrir que tengamos una historia de América Latina desde fuera, distinta de otra desde dentro, especialmente en el enfoque. Ello no estaría mal, en principio, si no se pensara a veces, quizás demasiadas, que la “modernización” consiste en la adopción de los criterios, conceptos, categorías y enfoques de la historia de América Latina vista desde fuera, y en la renuncia práctica a su discusión y elaboración.

Un contraste específico puede apreciarse en la obra de Lewis Hanke, que sí ha sido capaz de ver amplios asuntos por él estudiados, dentro de la perspectiva propia que los mismos sugieren: tales sus múltiples estudios sobre Las Casas; destacan también sus interrogantes sobre temas generales, sin olvidar nunca la especificidad. América Latina es, en los estudios de Lewis Hanke, unidad en la concepción y diversas especificidades en la comprensión. Un mérito indudable, al recordar aquí su amplia influencia profesoral, es que supo infundir a sus discípulos la capacidad de ser interdisciplinarios, la consistencia en sus propios y personales campos de trabajo, a la vez que la sensibilidad suficiente para ver la unidad a través de la diversidad de América Latina.

Es suficientemente conocido que en los países europeos se dedica atención específica a América Latina. Ello se manifiesta desde hace muchos años y a nadie sorprende que las universidades europeas dispongan de espacios académicos —Centros, Institutos, Bibliotecas— destinados a su estudio. Destacan tradicionalmente España y Portugal, Alemania, Francia y Gran Bretaña, pero debe sumarse países como Holanda, Suecia o la Unión Soviética; más recientemente, Hungría y Polonia. No quiero hacer una selección de ámbitos, sino indicar rápidamente una secuencia del interés. Para los aquí presentes, profesionales muy bien enterados de lo que se hace en Europa sobre América Latina, no será necesaria una revisión total y detenida. Baste decir que las organizaciones posteriores a la década de 1960 perfilan nuevos intereses, como las periódicas reuniones de Historiadores Latinoamericanistas Europeos.

Revisando las actas de sus sesiones, puede hallarse perspectivas particulares que presiden el interés por América Latina, y también llamadas de atención sobre nuestro asunto. Encontramos, por ejemplo, opiniones sobre la transformación de una típica “condena” anterior (como pueblos atrasados) en “tolerancia”, específicamente a partir de testimonios europeos (libros de via-

jeros a partir del siglo XIX); ello no significaría una pérdida del etnocentrismo, sin embargo, pero sí la fácil aceptación de la generalización. Usaré un testimonio de la década de 1920, transcrito por el historiador danés Bent Essinger:

“Son apacibles y amables, bastante astutos, indolentes y musicales. Son personas serias. Muy espartanas, las mujeres dan a luz muchos hijos; son hombres amantes del aire libre, bajo el cielo en todo tipo de tiempo, sin reloj, sin escuelas, atados al lugar donde nacen. Son amantes de los niños, buenos con los animales, saben cuidar sus ganados y cultivar laboriosamente la tierra, duermen su sueño sano y son perezosos de nacimiento. La limpieza no es su fuerte, no se lavan en absoluto...” (Kornerup 1926).

Al comentar el texto anterior, Essinger añade: “Ahora claro está, aquí se habla de los indios de Bolivia, pero cuando los autores de libros de viajes, no solo el antes citado, hacen de los indios los auténticos habitantes de Sudamérica, se saca la conclusión de que todos son iguales en A.L.”². Charles Minguet nos recuerda, para Francia la vigencia de los tópicos, clichés eurocéntricos y otros prejuicios³. Cuando, momentos atrás, me refería a las temáticas, pensaba en esta generalización de los prejuicios; no solo puede hallarse fácilmente la insistencia en la revaloración del “buen salvaje”, a veces transformado en el “buen pobre”, “buen tercermundista” o “buen socialista” latinoamericano, sino también en situaciones que originan confusiones, por ejemplo, el gran historiador francés Fernand Braudel, pudo afirmar que, a fin de cuentas, América colonial era un “espacio vacío” (de nativos); se trata de la América españolas o portuguesa, por cierto⁴. Por contraste, la América anglo-sajona consiste en “las colonias inglesas, todavía poco pobladas...” de *colonos*. La “inmensidad americana” se concibe siempre en comparación con el espacio y la demografía europeas, pero también dentro de la Europa “más afín”.

-
2. Bent Essinger, “La imagen de América Latina en la Dinamarca de los siglos XIX y XX. Ensayo histórico”, en *Estudios Latinoamericanos*, 6, 1ª parte, Academia de Ciencias de Polonia, Instituto de Historia, Varsovia 1980: 73.
 3. Charles Minguet, “La imagen de América Latina en la Francia de los siglos XIX y XX”, en *Ibidem*: 188-189, *passim*.
 4. Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1979, vol. III: 326-328.

Quisiera finalizar hablando de un área distinta, desde donde se analiza América Latina. Me refiero al Japón. No es mi interés hacer un inventario, solo haré un breve recuento. El interés sobre América Latina se notó allí fundamentalmente avanzada la década de 1950 y, especialmente, desde la siguiente, cuando se aprecia la inauguración de trabajos arqueológicos japoneses en los Andes; es cierto que muchos años antes hubo un interés administrativo o diplomático, incluso de aislados viajeros, en buena cuenta vinculado a las áreas de migración japonesa en el siglo XIX tardío y XX inicial: el Perú y el Brasil.

Hoy apreciamos en el Japón 9 Universidades estatales —encabezadas por la de Tokio—, donde hay Departamentos de Estudios Latinoamericanos, de Español, de Portugués o de Estudios Hispánicos, y 18 Universidades privadas donde se aprecia igual tendencia. Se traducen libros de especialistas sobre América Latina —hasta donde se al menos dos de los libros del Prof. Hanke están en japonés. Pero también, y es algo que quiero resaltar, libros de autores latinoamericanos van traducándose al japonés en forma creciente. Aparte de los novelistas o poetas (Vargas Llosa, García Márquez, Fuentes, Cortázar, Carpentier, Borges, Donoso, Sábato, Bryce, etc.), figuran obras de ensayistas que tocan temas históricos (Mariátegui, Picón Salas, Paz, Galeano, etc), y específicamente historiadores latinoamericanos que estudian los mundos mesoamericano o andino, la esclavitud, las rebeliones indígenas, también sociólogos o economistas latinoamericanos contemporáneos (Mellafe, Valcárcel, León Portilla, Pease, Stavenhagen, Gunder Frank).

Lo anterior denuncia una situación interesante, toda vez que no solo se trata de un esfuerzo que irrumpe fuertemente en el área internacional de estudios sobre América Latina, sino que ha entrado rápidamente en una serie de campos y también, velozmente, en la traducción de estudios de historiadores, sociólogos y economistas latinoamericanos. Ello refleja un hecho notorio: la opinión de los latinoamericanos sobre su historia o su presente es compulsada —comparada— por los estudiantes y los lectores en general con la opinión de autores japoneses, europeos o norteamericanos; no pasa únicamente por el filtro de los especialistas locales. A la vez, se ha desarrollado un amplio programa de traducción de textos coloniales, tanto antillanos, como mesoamericanos y andinos. Ello refleja un interés concreto de los japoneses por establecer un espacio comparativo entre los contactos europeo-americanos y los europeo-japoneses. Al parecer, en el Japón se aprovecha una experiencia interesante: mientras que en otros lugares del mundo solo se conoce América Latina a través de lo que autores no latinoamericanos publican, en el Japón

crece el conjunto de ediciones de lo que los propios latinoamericanos contemporáneos escriben. De continuar esta tendencia, los estudios japoneses sobre América Latina presentarán una cara específica en los próximos años.

Quiero finalizar con una nota personal gratitud al Prof. Lewis Hanke, por su dedicación a la historia de América Latina, su esfuerzo por hacernos más cercanos a nuestros colegas de los Estados Unidos: un testimonio invaluable fue su trabajo en la Hispanic Foundation de la Biblioteca del Congreso. A la vez, nos ayudaba a ser vecinos y mejores lectores de Las Casas, también de la historia de Potosí, y nos acercaba a la documentación de los virreinos de México y del Perú. Muchos, que no fuimos sus alumnos, nos hemos aprovechado de sus múltiples estudios y sugerencias, de su tesón para poner al alcance de todos valiosísimas fuentes sobre nuestra historia y, muy especialmente, de su comprensiva capacidad de diálogo y amistad.

Franklin Pease G.Y.